

## XI. RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS



## **DON MARTÍN LÓPEZ DE CÓRDOBA: CRÓNICA DE UNA LEALTAD EN TIEMPOS OSCUROS**

*De José Carrillo Albornoz Fábregas*

José CARRILLO DE ALBORNOZ FÁBREGAS: *Don Martín López de Córdoba: crónica de una lealtad en tiempos oscuros*, con prólogo de M. Peláez del Rosal, Córdoba, Ayuntamiento, ediciones La Posada, 2003, 159 pp.

Existen diversos modos de aproximarse al conocimiento de los hechos históricos, lo que conlleva inevitablemente distintas interpretaciones de los mismos. Uno de ellos –utilizado desde antiguo, aunque ensalzado en unas épocas y vilipendiado en otras– es, sin lugar a dudas, el empleo de la biografía como medio para dar a conocer un momento determinado de nuestra historia. Éste es el método empleado por José Carrillo de Albornoz Fábregas, autor del libro *Don Martín López de Córdoba: crónica de una lealtad en tiempos oscuros*, donde trata de ofrecer a los lectores una visión documentada sobre la vida de un noble cordobés, personaje importante en la política llevada a cabo por el monarca castellano Pedro I a mediados del siglo XIV, cuya lealtad a su rey –figura controvertida en la historia bajomedieval de Castilla– ha oscurecido su memoria histórica.

La utilización de la biografía como simple enumeración de datos sobre la vida de una persona no tiene, desde un punto de vista metodológico, ningún valor histórico. Es necesario enmarcar dicho personaje en un contexto socio-político, que nos ayude a conocer mejor los distintos rasgos de su personalidad y a comprender los motivos de sus actuaciones en un momento determinado. En este sentido, el doctor Carrillo de Albornoz, sin ser un especialista consumado de este período histórico, dado su reciente interés por estos temas, ha conseguido en este libro –el segundo publicado de carácter histórico– darnos a conocer, no solamente la figura aislada del personaje objeto de la biografía, sino también ayudarnos a comprender mejor su vida dentro del marco histórico en el que se desarrolló.

A finales de marzo de 1350 fallecía el monarca Alfonso XI, dejando como heredero del trono a su único hijo legítimo, Pedro, que accedía al poder con quince años de edad, si bien durante los dos primeros años será el noble de origen portugués, Juan Alfonso de Alburquerque, muy vinculado a la reina viuda María de Portugal, quien ejercerá de hecho dicho poder. La existencia de numerosos bastardos, nacidos de las relaciones entre Alfonso XI y doña Leonor de Guzmán, quienes habían gozado del favor del monarca y ocupaban puesto importantes, complicará el recién iniciado reinado de Pedro I, máxime si tenemos en cuenta que doña Leonor –aunque en los momentos iniciales había perdido su privilegiada posición– contaba con la amistad de algunos miembros de la nobleza andaluza.

Diversos acontecimientos posteriores, como el matrimonio de uno de los bastardos –Enrique, conde de Trastámara, con un miembro de la familia real castellana–, la grave enfermedad del monarca Pedro I y las especulaciones sobre su sucesión que llevarían –aunque no llegó a morir– a las primeras disensiones entre la nobleza castellana, el asesinato de doña Leonor de Guzmán por orden de la reina, la trágica muerte de Garcilaso

de la Vega o la rebelión del señor de Aguilar, sin olvidarnos de los polémicos matrimonios del monarca y de sus graves consecuencias en la división y enfrentamiento entre la nobleza castellana por la tremenda represión que llevó a cabo Pedro I, marcaron un reinado muy polémico, que dejó –como señala A. Jaén Morente– una huella profunda en la ciudad de Córdoba y en los propios cordobeses.

En este complicado contexto histórico se enmarca el libro que comentamos, siendo el hilo conductor del mismo la figura de uno de estos nobles –Martín López de Córdoba– y su inquebrantable lealtad al monarca Pedro I durante todo su reinado, lo que no le impediría en una ocasión salvar la vida de algunos nobles cordobeses, familiares suyos, que estaban enfrentados al rey. El autor, con la ayuda imprescindible de una interesante y actualizada bibliografía y partiendo de la información contenida en la crónica de Pedro I del canciller Pero López de Ayala –donde los datos aportados sobre el noble cordobés no serían muy objetivos al militar en el bando contrario al suyo– utiliza una variada documentación, entre la que se encuentra las memorias de su hija Leonor López de Córdoba, para ofrecernos una interesante biografía sobre un personaje que tuvo un papel relevante en los diez últimos años del reinado de Pedro I.

Martín López de Córdoba, que se unió en matrimonio con Sancha Carrillo, de honradas raíces en la nobleza cordobesa, gozó desde los primeros momentos de la confianza real y de innumerables mercedes, llegando a ser en esos últimos años maestro de la órdenes militares de Alcántara y Calatrava, así como camarero mayor del monarca. Pero a pesar de este relevante papel –no sólo militar, sino incluso político y diplomático–, su figura se ha visto oscurecida –náufrago de la Historia, lo titula el autor– por pertenecer y encabezar el bando de los vencidos en el último acto de la guerra civil, que enfrentó a Pedro I y a su hermano bastardo Enrique de Trastámara (1366-1369). Dicha lealtad al monarca, incluso después de la muerte de éste se mantuvo en Carmona, llevaría al nuevo rey Enrique II a la toma de dicha población sevillana y a dar muerte en junio de 1371 a este noble cordobés en la plaza de san Francisco de Sevilla, siendo su cuerpo enterrado, unos años después por mandato de su hija Leonor, en la iglesia de san Pablo de Córdoba.

A través de quince capítulos y un epílogo el autor, a modo de crónica y después de una breve referencia a la escasa información existente sobre Martín López de Córdoba en la bibliografía del reinado de Pedro I, nos va presentando el personaje objeto de la biografía y su trayectoria pública –siempre marcada por la lealtad a su rey– dentro de una época violenta y de gran polémica desde el punto de vista histórico. En los primeros capítulos, una vez ofrecido el marco político de los distintos reinos hispánicos de mediados del siglo XIV, Carrillo de Albornoz se centra en los datos familiares del noble cordobés y en su progresión política y económica dentro de la corte, a la sombra siempre del hombre de confianza del monarca: Juan Fernández de Hinestrosa, camarero mayor del rey y jefe inmediato suyo, hasta que la muerte de éste en septiembre de 1359 deja el camino abierto para su definitivo ascenso político.

A partir del quinto capítulo serán los acontecimientos de la política castellana los que centran el interés del autor. La época de desórdenes y violencias civiles (1353-1356), en la que Andalucía estará al margen, pero durante la cual Pedro I satisface sus ansias de venganza y sus enemigos comienzan a atribuirle el apelativo de cruel. La etapa de la guerra entre Pedro I de Castilla y Pedro IV de Aragón (1356-1361) y de las célebres “justicias” del castellano, donde Pedro IV utiliza contra aquél a Enrique de Trastámara, refugiado en la corte aragonesa, para dirigir un fuerte partido antipetrista desde el destierro y que provocará la división de la nobleza y ciudades andaluzas en dos facciones, al igual que ocurría en el resto del reino castellano. Los múltiples aconteci-

mientos ocurridos entre los años 1362 y 1365, así como el papel que en ellos desempeñó Martín López de Córdoba como hombre de confianza del monarca, son analizados igualmente en los dos capítulos siguientes.

Por último, la guerra civil entre Pedro I y su hermano bastardo Enrique de Trastámara (1366-1369), un episodio peculiar –según algunos historiadores– de la llamada Guerra de los Cien Años, donde Córdoba no se mantuvo al margen al comprometerse, tanto la propia ciudad como la mayoría de la nobleza –a excepción de Martín López de Córdoba–, desde los primeros meses de la contienda con el de Trastámara, son objeto de estudio en cinco capítulos. La victoria de Pedro I en la batalla de Nájera en abril de 1367 sobre las tropas del bastardo y la subsiguiente represión, de la que se libraron algunos nobles cordobeses gracias a la benevolencia del maestre de Calatrava –tema éste al que el autor le dedica una atención especial–, determinaría que a partir de esta fecha Córdoba organizara el movimiento de resistencia al rey legítimo. A partir de este momento la ciudad de Córdoba se verá sometida a diversas operaciones militares, como las protagonizadas en septiembre de 1367 y en el verano del siguiente año, cuando las tropas del monarca castellano y de su aliado el rey de Granada tomaron la torre de la Calahorra y estuvieron a punto de entrar en la ciudad. La resistencia de los cordobeses fue ejemplar, sobresaliendo en la llamada batalla del Campo de la Verdad al frente de las tropas el adelantado Alfonso Fernández de Córdoba. Esta colaboración sería premiada, tras la derrota y muerte de Pedro I en Montiel en 1369, con las célebres “mercedes” concedidas por el nuevo monarca Enrique II a los nobles cordobeses.

El libro finaliza con dos capítulos dedicados a los estertores de la guerra civil (1369-1370), etapa en la que Martín López de Córdoba se hace fuerte en Carmona, como uno de los focos legitimistas que aún quedan en el reino después de la muerte de Pedro I, y a los últimos meses de la vida de este noble cordobés, que mantuvo su lealtad al monarca castellano hasta su muerte en la primavera de 1371. El epílogo dedicado a su hija, Leonor López de Córdoba, y a su reivindicación de la memoria paterna junto al cuadro genealógico de la familia política de Martín López de Córdoba, una amplia referencia documental donde se incluyen quince documentos y bibliográfica, y dos índices, uno de lugares y otro de personas, cierran este significativo libro dedicado a un personaje cordobés, que por su pertenencia al bando de los vencidos, tan sólo es recordado por un pequeño laudatorio en una lápida funeraria de la actual capilla de Nuestra Señora del Rosario, en la iglesia de san Pablo y por un rótulo de una calle cordobesa –donde aparece como Martín López simplemente– en la zona de Miraflores, perteneciente al barrio del Campo de la Verdad.

*José Manuel Escobar Camacho*

## **NUEVOS HORIZONTES. LIBRO 1º**

*De Manuel Miguel Monsell Lobo. Córdoba, Litopress, 2004.*

Manuel Miguell Monsell nace en Madrid en 1936. Sufre la guerra y la posguerra en toda su miseria, dejando un recuerdo acre que con los días más venturosos va engrosando ese olvido doliente y nunca solapado.

En este libro, *Nuevos horizontes. Libro 1º*, que hoy presentamos, nos hace entrega de veintiséis artículos, firmados en fechas comprendidas entre el 22 de octubre de 2002 hasta el 15 de diciembre de 2003. Algunos inéditos y otros publicados con anterioridad en revistas como *El Compás*, *Ciencias criminológicas* y *Sanidad y Consumo*, entre

otras. Un año intenso en emociones y reflexiones, como podían haberlo sido otros que lo antecedieron, pero ahora, el autor nos muestra ante todo que la madurez le ha depurado alguna sorpresa, que como decía la canción “66 años no son nada” y la experiencia adquirida a lo largo del viaje, lejos de dejarlo apesadumbrado y quejoso lo sitúa en un momento que puede resumirse como de gran atención y de profundo conocimiento del mundo interior y exterior. En definitiva tan vitalmente despierto y activo como para vislumbrar nuevos horizontes, esos necesarios lugares hacia donde dirigir la mirada, llenos de belleza y a la vez de una inalcanzable lejanía, pero que el hombre, cuyo impulso vital no se halla detenido, no cejará, aún con los ojos entornados de adivinar.

En su primer artículo “¿A dónde vamos?”, Manuel realiza una proclama de la LIBERTAD, así, con mayúsculas. Libertad que trasciende a lo personal y que nos hace percibir un rechazo sobre los comportamientos acomodaticios, los que socialmente resultan menos incómodos. Mientras sus sentimientos y pensamientos – nos comenta – “no eran los comunes, por lo que no era viable el darles salida... ahora [declara] necesito ser escuchado, comprendido y aceptado”, nunca desde la mimesis con los otros, que siempre que no atiende a un sentimiento sincero le supone un innecesario derroche de energía que puede resultar preciosa.

Y así es como nos entrega Monsell sus pensamientos, como fluyendo en un aparente chorro vital e irrefrenable, pero al que siempre ha precedido la reflexión y además, aplicada en grandes dosis.

El psiquiatra, el conocedor de la complejidad de los sentimientos del hombre y de la relatividad de los conceptos que pretenden acotarlos, quiere ante todo que la emoción y la reflexión broten libremente hacia el exterior, aunque cuando nos las brinda hayan sido tamizadas por el esfuerzo de la verbalización y por la criba del raciocinio. Con ello se mantiene lejos de “la sinrazón de la razón”, esa que profesionalmente está muy acostumbrado a ver y a diagnosticar desde el otro lado de la mesa de su despacho profesional.

La lectura detenida de este *corpus* de artículos nos concede la oportunidad de establecer una tipología en cuanto a su contenido: los hay marcadamente reflexivos, como “El rechazo, La creatividad, Hombre, espacio y tiempo, etc.” donde un mundo interior se vuelca en el afán de hacerse comprender por los demás y en los demás, y un segundo modo, más enciclopédico, de carácter general en el que puede tratarse temas de actualidad nacional e internacional, como la tragedia del 11 de marzo en Madrid, la guerra de Irak, el conflicto de Oriente, temas locales - éstos casi tangencialmente tratados a través de dos actos relacionados con la cultura - , conceptos como el Islam, las fobias como patología, la sexualidad desde un punto de vista fisiológico, etc.

La expresión de temas políticos o sociales nunca pretende el disfraz de una asepsia absoluta, sino que vierte en ellos, sin tibiezas, sus opiniones. Sobre la política exterior de España respecto a los EEUU afirma “que [la] seguimos con sospechosa fidelidad de perro faldero”; el problema de la inmigración lo etiqueta como una actitud “inhumana e incoherente [...] en un país donde se recibe con todos los honores a cincuenta millones de turistas, con la cartera llena, y rechazamos, perseguimos y expulsamos a los que [...] huyendo de la pobreza de sus países, vienen al nuestro, a veces jugándose la vida [...] y a colaborar con su trabajo, en el progreso y bienestar suyo y nuestro”.

Pero su vehemencia en la exposición de los temas que trae a colación no está exenta de cierta mesura, de un consciente comedimiento en las formas ejercido con un gesto con el que advierte al lector de no querer herir sensibilidades a la vez que declara su respeto hacia los que no piensan como él. Esto que digo, se presenta en estrecha relación con la idea expuesta en su artículo sobre “El hombre inteligente”, del que dice que

es el que tiene actitudes para pensar y al cual se le descubre “[...] por su moderación, su sencillez, su flexibilidad, su falta de ambición, [...] de maldad, de orgullo, de envidia, de radicalismo [...]”

La valoración de la inteligencia es tal que en el artículo “Hombre, espacio y tiempo”, en el que comienza con la famosa cita orteguiana de “yo soy yo y mis circunstancias” afirma que éstas resultan a veces fatalmente determinantes, pero lo que realmente separa a unos hombres de otros es su capacidad intelectual. El hombre con la imaginación “fuente inagotable de placer puede superar las coordenadas espacio (puede viajar mentalmente) y tiempo”, al que también podemos burlar en el ejercicio de la memoria. Así, en “Progreso de la mente humana” concluye que “el verdadero progreso del hombre, el que le puede dar parte de su felicidad, no será el progreso técnico, sino el progreso de su mente [...] es en ella donde el hombre posee su máxima riqueza”.

Son múltiples las ocasiones en que la llamada sociedad de la información, en la que irremisiblemente nos hallamos sumidos, nos sacude a golpe de realidad haciéndola entrar a raudales por las ventanas, sean éstas reales o catódicas. El autor, un hombre con profundo sentido crítico, y que como tal ejerce una postura de análisis sobre todo lo que le rodea, no puede dejar de posicionarse respecto a temas graves y de fuerte trascendencia como la política mundial de globalización, el conflicto palestino-israelí, la contraposición inexorable que parece haberse derivado del 11-S, - mundo árabe-mundo occidental-, etc. En el análisis de estas cuestiones Manuel Monsell arremete duramente contra la política de los EEUU que califica “de provocadora, intervencionista, imperialista, expansionista, excluyente, irrespetuosa con las diferentes culturas, demoledora e inflexible [... tanto que] su número de enemigos irá en aumento, y será incapaz de aniquilarlos a todos”.

A veces nos deja entrever el humano escepticismo que le provoca este nuevo milenio, “donde el amor puro, la fidelidad, la amistad, la sinceridad, la honradez y un largo etcétera, son conceptos en desuso [y ...] el éxito, la fama, la gloria, el dinero, el poder [...] son los valores reinantes”. Escepticismo que no deriva nunca en pesimismo ni en pasividad, sino en actitud reactiva y beligerante, con la que de nuevo transforma el rechazo que le provoca el mundo exterior en actitud constructiva. Porque Manuel Monsell tiene muy claro qué mundo quiere y hacia dónde quiere que marche la sociedad. Algunos de los grandes problemas que la aquejan tendrían resolución fiable al “desligarse los conceptos Estado e Iglesia, tanto en Oriente como en Occidente. Crear estados laicos, sociedades laicas y ciudadanos laicos [...] donde la religión debe quedar [...] como opción individual, respetable y respetada, pero sin poder material ni terrenal sobre los estados ni sobre los individuos”. Quiere un mundo más libre “[...] abierto a todas las ideas [donde] se sepa aceptar la realidad de la vida, el mundo sin miedos, sin tabúes, sin prejuicios [...]”. La libertad, no la del intangible o filosófico concepto, sino la que gozamos cada día o de la que podemos sentirnos privados, también se somete a análisis. Desciende al caso concreto de nuestro país, en el que disfrutamos de una democracia establecida y sólida, pero en democracia también resulta exigible una mayor profundización en las libertades y el autor piensa –y aquí denuncia– que “No existe libertad cuando se adormece a la sociedad con libertinaje [...] cuando se facilita todo aquello que promociona el mal gusto, la incultura y en cambio se dificulta la enseñanza, la crítica, la concienciación del hombre, su desarrollo armónico psico-físico [y] su realización personal”.

La idea de realización personal asoma a lo largo de su discurso como una constante y toma cuerpo en el artículo así intitulado. Cada hombre – postula - debe conocerse a sí mismo y realizarse en dos facetas: la humana y la social. “El desarrollo [...] de todas y

cada una de sus capacidades físicas, emocionales, sensoriales, psíquicas e intelectuales” es planteado aquí como un asunto ineludible y de obligado cumplimiento, que así nos permita ejercer nuestra plena condición de hombres con coherencia y plenitud.

Hasta aquí creemos haber trazado, con estas pinceladas, algo de lo mucho que el autor nos quiere contar. Manuel Monsell clausura su obra con un epílogo en el que intenta cerrar el círculo de reflexión y exégesis que anunciaba en el prólogo, y en una vuelta más de tuerca a sus propias reflexiones nos aclara cuáles son sus objetivos: luchar por una sociedad en la que reine la máxima libertad para todos los hombres, la fraternidad entre todas las razas, la justicia social, el amor en todas sus expresiones y variantes y la paz entre todas las naciones.

En estos *Nuevos Horizontes*, que acabamos de glosar (sin pretender abarcar todo lo que ellos encierran), reside el deseo legítimo y loable de perfeccionar el mundo, las relaciones humanas, el hombre en sí mismo y para con los demás. Este horizonte, exige mantener la mirada alta, porque los sueños para el hombre, como el del vuelo del pájaro, hicieron un día posible el avance de la humanidad. Pero el distraído e inevitable pestañeo no nos va a permitir ensimismarnos en esa alta dimensión, sino que nos devolverá a la realidad más cotidiana y más real. Lejanos horizontes, por tanto, los que nos muestra Manuel Miguel Monsell pero ávidamente perseguidos y perseguibles, para así llevarnos a contemplar un día en toda su belleza, la hermosura de ese horizonte teñido por el amplio y diverso cromatismo que conformen las diferentes razas y el hombre en su enriquecedora diversidad.

Adela Redondo Écija y Joaquín Criado Costa

## **TRICORNIO DE GUARDIA**

*De Javier Ronda, con ilustraciones de Siro López*

Como el mismo autor explica en un prólogo previo, hace dos años publicó Javier Ronda el libro de formato similar titulado *De juzgado de guardia*, recopilación de anécdotas en clave humorística del mundo de la judicatura. Este libro consiguió un general éxito de público, hasta tal punto que se ha reeditado en numerosas ocasiones, cifrándose en más de 100.000 los ejemplares vendidos. Respondía, según el autor -doctor en periodismo por la Universidad de Sevilla y periodista especializado en sucesos y tribunales-, a la ambición de mostrar el lado humano de un servicio público. En ese libro, la Guardia Civil era, por así decirlo, uno de los actores secundarios. *Tricornio de guardia* es, pues, con toda evidencia, una repetición de la fórmula, tras haberse demostrado su éxito y tirón.

El libro comienza con un recorrido por la historia de la institución, a grandes rasgos, buscando el lado humano, pues es obvia la mirada afectuosa, contagiosamente amable, del autor por el Cuerpo, muy lejos de cualquier intención burlesca, satírica o crítica. Así, haciéndose eco de su más o menos legendaria disciplina, cuenta cómo su creador, el duque de Ahumada, en tiempos de Isabel II, quien había recibido el encargo de organizar el primer cuerpo de seguridad de ámbito nacional, mostró ya ese rasgo de carácter que se atribuye de modo genérico a toda la institución: los guardias civiles que custodiaban el Teatro Real durante la representación de una ópera estuvieron a punto de detener al temible general Narváez, *el espadón de Loja*, entonces el amo indiscutible de los destinos de España, al circular su carruaje en dirección opuesta a la permitida. El duque de Ahumada se negó a sancionar a los guardias y estuvo cerca de dimitir cuando



quiso imponérselo.

El autor llega, pasando por el trance dramático de la Guerra Civil, en la que los miembros del Instituto, más allá de cualquier leyenda negra, lucharon en ambos bandos, llega a las últimas décadas, con la incorporación de la mujer a la Benemérita y a la admisión recientísima de las parejas de hecho -con independencia del sexo- dentro del régimen de ocupación de viviendas del Cuerpo. En cierto modo, se puede advertir una concepción mítica del Instituto armado, como parte ya de la cultura y la sociedad española, destacándose su proverbial ubicuidad, que los hace parte del paisaje del país.

A partir de este momento entramos en el grueso del libro. La recopilación de anécdotas, unas más chuscas, otras más jocosas, se organiza por capítulos referidos a un tema en particular, a cada uno de los ámbitos de actuación del Cuerpo.

– En su labor como guardias de tráfico cabe destacar la historia de una patrulla de la guardia civil que se encontró ante un siniestro de anómalos tintes cómicos en una carretera de Cuenca. Avisados de un accidente, se personaron en el lugar. Para su sorpresa, observaron cómo el conductor de un vehículo volcado, con las ruedas hacia arriba, estaba en su asiento en evidente estado de ebriedad, tratando de arrancar el vehículo y seguir conduciendo.

– A continuación se desglosan una serie de anécdotas muy en relación con las anteriores, referidas a su actuación en los controles de alcoholemia. Son especialmente desopilantes las que cuentan cómo un conductor se negó a realizar el test, argumentando que no hacía falta, pues acababa de ingerir un par de cubatas y veintidós vasos de vino, o la de un conductor, en lamentable estado de embriaguez, que en un control nocturno tomó la linterna del guardia preguntando por dónde se soplabla. Muy curiosa también la del conductor que se puso a comer hierba, pues le habían contado que era un remedio infalible para rebajar el nivel de alcohol en la sangre.

– El siguiente apartado nos introduce en su función como guardias de fronteras, especialmente destacable en la durísima época de la posguerra, cuando se generalizó el contrabando y el estraperlo que, a pesar de su índole delictiva, permitía conseguir su sustento a cientos de miles de españoles en aquellos tiempos sombríos. En la actualidad, esta labor se dirige más en la lucha contra lacras como el tráfico de seres humanos y de drogas. De todas maneras, cabe destacar algún relato simpático como el del padre despistado que colocó el carrito del bebé, con el niño dentro, en la cinta transportadora de un aeropuerto, teniendo que rescatar al menor un agente de la Benemérita.

Para no extenderme, sólo citaré los demás temas sobre los que se engarzan esas pequeñas historias en los restantes capítulos: como policía rural y ecológica, en relación con los toros, el fútbol y otros espectáculos, en la identificación de sospechosos, el arte de los atestados y, como dice maliciosamente el autor, una serie de anécdotas de tres rombos. Casi surrealista es la que cuenta sobre un cabo de los años cincuenta que en un atestado describió un objeto en forma de guitarra, de media altura, cuya función, textualmente, no se atrevía a suponer: un retrete. O la de un burro detectado por un radar de tráfico, cuando circulaba por una autovía a casi noventa kilómetros por hora.

El libro se puede calificar, en su más noble sentido, más como periodístico que como literario. Más que por las florituras estilísticas, el autor parece preocupado por la eficacia de las anécdotas y por crear un clima de empatía con el lector, llevándolo siempre a esa media sonrisa, que no se degrada nunca en burla de trazo grueso o en sátira mordaz. Cabe predecir, pues, que se repetirá el éxito del anterior volumen, ya que resulta de ágil y agradable lectura, eficiente a su modo y muy divertido. Son dignas de destacarse las simpáticas ilustraciones que acompañan el texto, obra de Siro López, cuya dilatada labor en el campo del dibujo humorístico, la ilustración y la caricatura ha

recibido numerosos galardones y reconocimientos.

En resumen, *Tricornio de guardia* es la continuación de *De juzgado de guardia*, libro que fue un gran éxito editorial. Donde antes se desgranaban anécdotas sobre el poder judicial, ahora se repasan las más divertidas historias protagonizadas por los miembros del Cuerpo. El autor, periodista especializado en sucesos y tribunales, demuestra poseer un gran dominio del tema, así como un gracejo y buen humor al relatar-nos el lado más humano de estos sacrificados servidores del bien público. Lectura recomendable que provoca más de una carcajada en el lector, visualiza nítidamente la íntima conexión que ha llegado a existir entre el alma española y quienes guardan nuestros hogares, caminos y fronteras desde hace más de un siglo y medio.

José Martínez Ros y Joaquín Criado Costa